

Reseñas

GEORGE, Susan, *Feeding the Few: Corporate Control of Food*, Institute of Policy Studies, Washington, D.C., 1978.

Dos o tres años después de haber publicado su ya famosa obra *How the Other Half Dies* (Cómo muere la otra mitad), Susan George nos brinda una nueva muestra de su talento investigativo y analítico con este corto libro sobre el papel de las corporaciones transnacionales en el sistema alimentario mundial y su influencia en el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) por el que luchaban (y siguen luchando) las naciones del Tercer Mundo.

Pese al tiempo transcurrido (el libro fue escrito en 1978), y aunque hoy día las preocupaciones del Tercer Mundo se concentran más en los problemas relacionados con su enorme deuda externa y en el tema conexo de cómo superar la profunda crisis económica que atraviesan, los planteamientos de Susan George conservan toda su vigencia. Su lúcida visión del Sistema Alimentario Estadounidense (SAE), en su papel estelar dentro del Sistema Alimentario Mundial —al que va moldeando a su imagen y semejanza y de acuerdo con sus intereses— y, por tanto, dentro de los sistemas alimentarios periféricos, que van siendo empujados con acelerado vigor y rapidez a insertarse dentro del sistema mundial, es extraordinariamente útil para comprender mejor los fenómenos actuales. Casi podríamos decir que es un trabajo premonitorio. Escrito en una época en la que muchos países del Tercer Mundo registraban elevados ritmos de crecimiento económico, el libro previene, sin embargo, sobre los efectos adversos que tendrá para esos países su integración forzada al Sistema Alimentario Mundial, o sea al SAE: una dependencia cada vez mayor de la tecnología y los insumos de Estados Unidos, para producir alimentos y materias primas agrícolas que se exportarán a ese mismo país, y a otros del Norte, lo que a la vez

representa una dependencia creciente con respecto a esos mercados, y el acentuamiento del proceso de "dinamización" de la agricultura de exportación, en desmedro de la destinada a satisfacer las necesidades básicas internas (lo cual, dicho sea de paso, abre nuevos mercados a los excedentes de granos estadounidenses). De esta manera, el control de las actividades productivas de exportación y del abastecimiento interno de granos básicos acentúa el control económico general de muchos de los países del Sur por parte de la gran potencia del Norte. Si ampliáramos la visión de Susan George más allá del ámbito de los alimentos, para cubrir otras áreas de la economía y del quehacer social, nos encontraríamos con las raíces de la crisis de la deuda externa actual, que revela la férrea dominación que Estados Unidos ejerce en la economía internacional, incluso sobre sus aliados europeos o Japón, que se ven impotentes para aminorar —y menos contrarrestar— los efectos negativos de los devaneos de la política monetaria, fiscal y de defensa de los Estados Unidos, especialmente durante los últimos cuatro años.

Veamos ahora qué es lo que concretamente nos dice Susan George.

En la primera parte explora el significado del NOEI (que en esos tiempos era la bandera principal de los países del TM), para tratar de determinar cuáles serían los grupos sociales, dentro del TM, que se beneficiarían mayormente de ese nuevo orden, y en qué medida las postulaciones tercermundistas conducirían a una mayor manipulación y dependencia de los países pobres. En la segunda parte, intitulada sugestivamente "NOEI, ¿El Nuevo Orden Económico Imperialista?", examina con cuidado el "verdadero NOEI" que el Norte está tratando de introducir subrepticamente en los países del Sur en el área de la agricultura y la alimentación, mientras deja que estos últimos se desgañiten hablando en una conferencia internacional tras otra.

En cuanto al primer punto, la autora presenta una serie de argumentos que demuestran que los principales beneficiarios de las medidas de estabilización (en caso de aprobarse) serían los habitantes de los propios países industrializados, gracias al impacto positivo que dicha estabilización de precios tendría sobre el proceso inflacionario (aun cuando, acota la autora, las empresas transnacionales obtienen buenas utilidades de las fluctuaciones de precios en los mercados internacionales). Pero, aun suponiendo que se produjera un incremento en los precios y en los ingresos por exportación de los países en desarrollo, lo más probable es que sean unos pocos grupos ricos dentro de estos países los que terminen apropiándose de ese incremento, lo cual se traducirá en "cuentas bancarias en Suiza, en consumo conspicuo de artículos de lujo importados, en lugar de invertirse productivamente en sus propios países".

Luego de examinar con minuciosidad el comportamiento de las importaciones estadounidenses de productos agrícolas, y de observar que hay un estancamiento evidente de aquellos que forman parte del paquete de nego-

ciaciones sobre el NOEI¹ a la vez que se registra un incremento en las de otras como carnes, frutas, hortalizas y oleaginosas, la autora concluye que el solo hecho de obtener buenos precios para ciertas mercancías en las negociaciones internacionales no garantiza un mejoramiento en los ingresos brutos de divisas, puesto que los volúmenes de importación de los Estados Unidos son muy volátiles, especialmente en lo que se refiere al país abastecedor, por razones políticas, económicas u otras. Además, agrega, es necesario considerar las sustituciones que las grandes empresas norteamericanas efectúan, sea por productos sintéticos, como el del azúcar por la fructuosa de maíz, o eventualmente el del caucho natural por guayule, un látex extraído de una planta que se encuentra abundantemente en las zonas semi-áridas del sudoeste de Estados Unidos.

El principal peligro que advierte Susan George en las negociaciones vía UNCTAD para el establecimiento de un NOEI, es el de la creciente especialización de la producción agrícola de los países pobres en rubros de exportación a los países ricos, a la que destina recursos humanos y físicos que se sustraen de la producción de alimentos básicos, lo que los hace más dependientes de las importaciones de unos granos cuyos precios probablemente subirán. Por ello recomienda, al concluir esta parte, que “cualquier incremento en los ingresos que se obtenga por el mejoramiento de los precios debería invertirse en la producción de alimentos para consumo interno. De otro modo, las ganancias serán absorbidas por las importaciones de productos básicos”. Ello exigirá, por cierto, un cambio radical en el modo de pensar de las naciones del TM que han concebido el “desarrollo” como “industrialización a cualquier costo” y que suelen destinar una proporción mucho mayor de sus presupuestos fiscales a gastos de defensa que al desarrollo agrícola.

Lo más importante del mensaje de Susan George viene contenido en la segunda parte de su trabajo, en la que trata las formas mediante las cuales el SAE está penetrando y conquistando los sistemas alimentarios de la periferia para hacerlos trabajar a su servicio. Una de las contribuciones de más valor en este estudio es la insistencia de Susan George para enfocar el problema alimentario desde un punto de vista sistémico, abandonando la división tradicional en categorías de sectores económicos, que han servido más para ocultar la naturaleza verdadera del problema que para ayudar a resolverlo. Al utilizar el método sistémico, la autora nos muestra con toda claridad cómo funciona el SAE y cómo está “fagocitando” a los demás sistemas. Sus hipótesis centrales son tres: *i)* hay un patrón de desarrollo en los países capitalistas, especialmente en los Estados Unidos, encaminado hacia sistemas alimentarios basados en el uso de tecnologías cada vez más avanzadas, modelo que tiende a ser imitado por los demás países; *ii)* hay un esfuerzo concentrado de los agentes del sistema capitalista mundial por introducir dicho modelo en las naciones subdesarrolladas, principalmente a

¹ Café, cacao, té, entre otros.

través de las empresas transnacionales, con el objeto de que dichas naciones puedan servir mejor los intereses del centro; *iii*) dicho modelo no es relevante, dadas las necesidades y realidades de las sociedades del TM; por el contrario, es muy perjudicial puesto que perpetúa y refuerza el hambre y la malnutrición. Sin embargo, se le acepta y aplica con entusiasmo.

Para demostrar la validez de sus hipótesis la autora nos conduce durante un largo recorrido por los laberintos del SAE, el cual nos parece extraordinariamente ilustrativo acerca de las interconexiones de los diversos eslabones de la cadena alimentaria y el elevado nivel de integración vertical que se ha alcanzado en ese país. Partiendo de los factores que se ocupan de la producción primaria, nos muestra cómo los agricultores estadounidenses hoy en día dependen totalmente de la industria para obtener los insumos que necesitan, lo cual también significa que dependen del crédito bancario para pagar tales insumos. Pero como no todos pueden rembolsar los créditos, el número de quiebras de granjas agrícolas ha aumentado y con ellas se ha acelerado el proceso de desaparición de un gran número de agricultores medianos y pequeños. Este "darwinismo agrícola" ha llevado a la situación de que el 10% de los agricultores que han sobrevivido (alrededor de un tercio del total que había hace 40 años), o sea los "superagricultores", den origen a dos tercios de toda la producción agrícola de los Estados Unidos. Dadas las estrictas condiciones de los bancos para otorgar créditos, los agricultores deben mantenerse en un permanente estado de modernización y expansión.

En la punta de la madeja encontramos, pues, a los bancos. Enseguida vienen los fabricantes de insumos, cuya posición cuasimonopolística en muchos casos les permite cobrar precios exorbitantes por los productos que venden. El tercer punto en este recorrido lo ocupa la investigación, la mayor parte de la cual la realizan directamente las empresas agroindustriales o las universidades contratadas por aquéllas. No es extraño, por lo tanto, que la investigación promueva un tipo de agricultura que ocupe la mayor cantidad posible de insumos industriales. El cuarto punto lo ocupan los agricultores mismos, cuya situación ya hemos visto. El quinto, ubicado más allá de la finca, está ocupado por los oligopolios procesadores y distribuidores de alimentos. Esta parte de la cadena se torna más larga, con muchos eslabones intermedios. Susan George se detiene bastante en esta quinta etapa del viaje, para explicarnos cómo se ha ido produciendo la fenomenal integración vertical en la industria agroalimentaria norteamericana a partir de la segunda guerra. Hay empresas que han adquirido líneas completas hacia atrás (semillas, por ejemplo) o hacia adelante (cadenas de restaurantes, supermercados, etc.). Después de un corto coqueteo con el campo, la agroindustria se ha retirado de la fase rural, para basar la adquisición de sus materias primas en contratos con los agricultores. ¡No desea correr riesgos innecesarios! En 1970 más de la mitad de la producción alimentaria de los Estados Unidos se realizaba bajo contrato o como parte de esquemas de integración vertical.

Susan George caracteriza al SAE como profundamente desperdiciador —de materiales y energía para la elaboración de artículos sofisticados y superfluos—, pero a la vez “eficiente”, claro que para producir utilidades pero no desde el punto de vista del bienestar y la salud de la población.

Ahora bien, la madeja del SAE no empieza ni termina dentro de su territorio. La punta de la penetración transnacional norteamericana en el Tercer Mundo comienza con la capacitación en las técnicas agrícolas “modernas”, tanto dentro de Estados Unidos como en los propios países en desarrollo. En estas tareas desempeñan un papel preeminente las fundaciones Ford y Rockefeller, en particular, y la Agencia Internacional para el Desarrollo del Gobierno de los Estados Unidos (USAID). Hace algunos años concibieron un paquete tecnológico fácilmente transferible y aceptable por el TM: la bien conocida Revolución Verde (que ahora, felizmente, se encuentra bastante desacreditada). Para ejemplificar cómo funciona, Susan George nos cuenta lo que ocurre con las semillas. Las variedades controladas por las agroindustrias transnacionales comienzan a eliminar la competencia de las variedades locales, reduciendo la base genética y dejando a los agricultores a merced de las industrias. Los productores ya no guardan semilla para el año siguiente; consumen todo lo que producen. “Literalmente, la herencia genética de un milenio, en un valle dado, puede desaparecer en un solo tazón de ‘porridge’ ”, cita George del texto de un genetista vegetal. Esas semillas que el agricultor debe comprar requieren de una gran cantidad de productos químicos. No ha sido por azar que Ciba-Geigy, Pfizer y otros grandes consorcios químicos hayan comenzado a adquirir empresas productoras de semillas.

El caso de las semillas se repite con la maquinaria agrícola, con toda la línea de insumos para la avicultura, etc. El recorrido es largo y bastante conocido en América Latina y otras regiones en desarrollo. La Revolución Verde, como bien lo recuerda George, fue estimulada no sólo para producir ganancias a las empresas transnacionales, sino también “para asegurar el control social sin reforma agraria”.

La “modernización” de la agricultura, la ganadería o la pesca en los países del TM sólo beneficia marginalmente a las poblaciones locales y de ellas casi únicamente a los grupos de mayores ingresos. La parte principal del producto agrícola adicional obtenido se destina a alimentar a los consumidores de los países del centro, incluyendo a los numerosos animalitos domésticos. Pero el problema no se limita a esto. Cuando los productos de exportación llegan a puerto norteamericano comienza el embate de los comerciantes importadores: usando toda clase de triquiñuelas, rechazan elevados porcentajes de los melones, pepinos y otras frutas u hortalizas recibidos, con lo cual consiguen rebajar apreciablemente los precios de compra. Esta pérdida la transfiere el exportador tercermundista al agricultor y éste a los trabajadores agrícolas y campesinos, a través de una rebaja en los salarios, de suyo miserables. Esto último torna más rentable la mano de obra guatemalteca, mexicana, hondureña, etc., lo que induce a las agroempresas

a trasladar sus operaciones a los países en desarrollo, en forma de contratos de producción, como se ha dicho.

Pasemos ahora a considerar otros dos aspectos en los que se manifiesta la dominación del SAE sobre los demás: la vigilancia por medio de satélites de comunicación y otros medios de "espionaje aéreo" que le permite a los Estados Unidos tener una información precisa sobre lo que está ocurriendo cada día en la agricultura del mundo, lo que les da una ventaja estratégica enorme para determinar precios, flujos de productos, necesidades de almacenamiento, de crédito, de insumos, etc.; segundo, la tecnología postcosecha, con respecto a la cual los programas de ayuda de la USAID y de las fundaciones y organismos multilaterales de crédito y capacitación tienden a privilegiar aquellas grandes obras que requieren tecnologías importadas antes que las más pequeñas que pueden emprenderse con tecnologías disponibles localmente y susceptibles de ser usadas por los campesinos y pequeños productores. Si bien el problema de las pérdidas postcosecha es real, los enfoques utilizados para resolverlo no han sido los más adecuados en función de los intereses nacionales.

Llegamos al último tramo de la gira: los efectos de la propaganda de las corporaciones para modificar los gustos y preferencias de los consumidores a fin de vender más. Éste es el gran esfuerzo homogeneizador de las empresas transnacionales. Se trata de que todos coman lo que éstas producen y venden. Países que antes eran autosuficientes en muchos rubros ahora deben importarlos. Se han abierto así nuevos mercados para los excedentes de granos estadounidenses, para la Coca-Cola u otras colas, para los alimentos chatarra de la Bimbo, para las leches industrializadas de la Nestlé o la Carnation, etcétera.

Sería deseable que esta obra de Susan George, así como otros trabajos sobre el mismo tema, realizados por el Institute for Policy Studies de Washington, D.C., fuesen traducidos al español, para que el gran público latinoamericano pueda adquirir conciencia de cómo le manejan su estómago, su bolsillo y su futuro.

JACOBO SCHATAN

ECHEVERRÍA, Magdalena, *Enfermedades de los trabajadores y crisis económica*, PISPAL, Chile, 1984.

En forma amplia, clara y sistemática el autor analiza cómo han influido en la salud de algunos trabajadores (activos y cesantes) la crisis económica y las profundas transformaciones sociales que tuvieron lugar en Chile entre 1970 y 1980.

Se comenta que más del 30% de la fuerza de trabajo carece de ocupación real y se explican las formas de organización del trabajo que se dan en los sectores populares para sobrevivir. En este contexto se denuncia la des-

nutrición de niños, la drogadicción y la prostitución de jóvenes, así como formas indignas de ocupación de hombres y mujeres de todas edades.

Más adelante se pregunta cuál ha sido el estado de salud de las personas que cuentan con un trabajo estable; cuándo y cuánto se enferman los trabajadores; si ha variado la magnitud y tipo de patologías que han padecido a lo largo de la década, y si es posible hablar de un perfil patológico de los trabajadores chilenos o existen diferentes patrones de acuerdo al espectro laboral.

Antes de dar respuesta a estas preguntas considera interesante conocer algunas investigaciones que relacionan los periodos de crisis y desempleo con el proceso salud-enfermedad. En una amplia investigación realizada en 1976 en Estados Unidos, Suecia e Inglaterra, Brenner encontró una correlación significativa entre empleo, inflación y variaciones en el ingreso per cápita (indicadores básicos de la crisis), y algunos indicadores de las condiciones colectivas de salud.

Por lo tanto, el desempleo no sólo afecta la subsistencia material, sino también las condiciones de vida, el desarrollo humano, la desestructuración del proyecto vital de las personas y, por ende, la salud física y mental.

Posteriormente, se exponen los motivos por los que se seleccionó el estudio de caso comparativo como método de trabajo y se destacan las propias características del problema. Se seleccionaron cinco unidades representativas de diversas situaciones laborales y dos grupos de trabajadores informales. Entre las situaciones laborales formales, se investigaron dos empresas "desfavorecidas" por la actual política económica (una telefónica y una textil) y otras dos "favorecidas" por su actividad económica en los últimos años (una lechera y una de bebidas). Finalmente, se incluyó un grupo de trabajadores bancarios que entonces representaba el sector económico más dinámico de Chile.

Se analiza el cambio de modelo económico del país y su impacto sobre los diferentes sectores debido al surgimiento de nuevas instituciones financieras, la apertura de la competencia externa y la inversión extranjera como características centrales del nuevo modelo de desarrollo. Por otra parte, se puntualiza en las variaciones del producto nacional bruto, la tasa de desocupación, índice de sueldos y salarios, productividad y explotación de la fuerza de trabajo durante las fases recesiva y expansiva, 1973-1976 y 1976 y 1980 respectivamente.

Como resultado se observa que existen marcadas diferencias bioestadísticas y sociales que responden a la creciente heterogeneidad estructural del nuevo modelo económico que ha influido sobre los diferentes sectores de trabajadores.

Por último, se destaca el perfil patológico de los trabajadores y se señala que resulta muy clara la explicación del aumento diferencial según tipos de patologías. Por una parte, las enfermedades infecciosas relacionadas socialmente con bajos o malos estados de nutrición y con problemas de saneamiento ambiental no son las que revelaron mayor aumento; tampoco

fueron los padecimientos no infecciosos de los distintos sistemas y órganos. El peso mayor en el aumento de la consulta médica le correspondió al incremento en las patologías más directamente relacionadas con el trabajo: los accidentes laborales por esfuerzo excesivo y las enfermedades de tipo psicológico.

El autor logra interesar e interiorizar al lector sobre los aspectos macro y microeconómicos que afectaron la salud de estos grupos de trabajadores en el decenio citado y, al mismo tiempo, da luz para que se lleven a cabo nuevas investigaciones sobre el tema, más profundas tanto cualitativa como cuantitativamente.

PATRICIA RAMOS

DON MARCO, Juana Rivera y Casanueva, Esther, *Estudios epidemiológicos sobre desnutrición infantil en México, 1900-1980*, Instituto Mexicano del Seguro Social, México, D.F., 1983, 356 pp.

Continuando con su objetivo de hacer llegar a profesionales e investigadores de la salud pública los mejores trabajos relacionados con el tema, la colección del IMSS, "Salud y Seguridad Social", presenta en esta obra una acuciosa compilación —realizada por dos destacados nutriólogos— de los estudios epidemiológicos sobre desnutrición infantil hechos en México, 1900 a 1980.

Se aclara que se excluyeron los estudios intrahospitalarios sobre aspectos bioquímicos, clínicos y fisiológicos, pero que en cambio se seleccionaron los trabajos relacionados con la población abierta considerados más característicos de determinados grupos o épocas y aquellos que resultaron más importantes para el conocimiento de la desnutrición, para la metodología de su investigación, o bien para la práctica curativa y preventiva de la misma.

La obra se divide en cinco partes; en la primera se ofrece una panorámica elaborada por los propios compiladores sobre la evolución, en un lapso de ochenta años, de los estudios epidemiológicos sobre las múltiples variaciones de la desnutrición infantil, especificándose que la etapa de identificación, denominación y definición de la enfermedad ocupó los primeros 45 años del siglo, a lo largo de los cuales las diversas manifestaciones clínicas de la desnutrición se designaron con nombres tales como culebrilla, síndrome pelagroso-beribérico, distrofia, descomposición, o consunción, entre otros. Igualmente se mencionan las hipótesis manejadas entonces sobre la etiología de dichos padecimientos.

En la segunda época, que se inicia a partir de 1945 y abarca hasta los primeros años de los sesenta, se llevaron a cabo una serie de investigaciones que aportaron importantes datos acerca de la desnutrición clínica grave o

de tercer grado. Asimismo se emprendieron estudios descriptivos sobre la incidencia de la desnutrición, y los fenómenos relacionados con ella, en distintas poblaciones rurales y urbanas.

En la tercera época, que comienza en la segunda mitad del decenio de los sesenta, florecieron los estudios analíticos sobre los factores específicos que originan la desnutrición; los estudios del ambiente donde se desenvuelve el niño desnutrido, y sobre las consecuencias biológicas y psicológicas de la alimentación deficiente. Por último, los autores señalan que los futuros trabajos deben encauzarse a desarrollar una metodología que permita analizar la desnutrición como un problema integral, que comprenda desde los niveles celulares hasta los macrosociales.

La segunda parte de la obra incluye cinco trabajos. En el primero se describen los síntomas de la “culebrilla” y del “escorbuto”. El siguiente es un trabajo realizado en 1915 —cuando aún no se conocían las vitaminas ni se hacían estudios de proteínas sanguíneas— que sólo pretende ser un esbozo útil para posteriores investigaciones sobre el “beriberi”; basándose en las experiencias derivadas de los numerosos pacientes que con ese mal ingresaban al Hospital General, el autor especula acerca de las probables causas de la enfermedad, describe los síntomas e indica el tratamiento a seguir. En el tercer documento se analiza la diarrea infantil denominada “síndrome hipoproteínico avitaminósico”, provocado por una alimentación mal equilibrada, con exceso de alimentos farináceos. Igualmente se mencionan los trabajos que al respecto hicieron varios investigadores, describiéndose además la sintomatología de la enfermedad, sus consecuencias y la curación.

La deficiente asimilación de alimentos en sus varios grados de gravedad y en sus diversas manifestaciones clínicas es el tema que ocupan el cuarto y quinto trabajos. Se explica que la etiología de la desnutrición es la subalimentación del sujeto, ya sea por deficiencia en la calidad o cantidad de lo que se ingiere, o por infecciones enterales o parenterales. Por otra parte se hace notar que dicho padecimiento es sumamente común en los países poco desarrollados.

La tercera parte de la obra está compuesta por dos trabajos destinados a describir la sintomatología de la desnutrición clínica grave. En el primero, realizado por el grupo médico del Hospital Infantil de México especializado en este problema, se exponen los factores que determinan la disponibilidad de alimentos: producción, transporte y almacenamiento; los aspectos que determinan el consumo de los mismos: económicos, culturales y psicológicos, y los elementos relacionados con el aprovechamiento de dichos alimentos: el momento fisiológico, las condiciones fisiopatológicas presentes y el estado previo de nutrición. Asimismo se presenta un esquema de sistematización de los síntomas en el niño desnutrido y catorce gráficas sobre las características que se dan con dicho padecimiento, entre ellas una del perímetro cefálico de niños mal alimentados; otra del crecimiento psicomotor y su regresión durante la desnutrición, y del contenido duodenal de niños gravemente desnutridos.

El siguiente trabajo aborda el tema de la mortalidad provocada por desnutrición de tercer grado y anexa siete cuadros basados en 733 historias clínicas de niños internados en el Hospital Infantil de 1949 a 1952, con la siguiente información: alimentación anterior a la hospitalización; talla y peso; tipo y frecuencia de lesiones en la piel; principales cuadros patológicos presentes en el momento del fallecimiento; y sobre el significado en la mortalidad, de signos directa e indirectamente ocasionados por la desnutrición y ya existentes en el momento de la hospitalización.

La cuarta parte de la obra comprende tres estudios descriptivos; el primero se refiere al estado de nutrición y a los hábitos alimentarios de cuatro comunidades otomíes del Valle del Mezquital. Se comentan algunos aspectos tales como los tipos de vivienda, vestimenta y condiciones de insalubridad. Posteriormente, y como resultado de las investigaciones realizadas en esas poblaciones, se incluyen 20 cuadros con datos de los examinados, tales como los registros de consumo calórico; el promedio de ingestión calórica, de proteínas, vitaminas y minerales; los consumos promedios comparados con los recomendados, y los resultados de exámenes físicos, historias clínicas y estudios de laboratorio.

El siguiente documento informa sobre los resultados de un estudio realizado en doce comunidades rurales, de entre 1 000 a 3 500 habitantes, donde se practicó un muestreo aleatorio estratificado sobre alimentación infantil. Por último, se presenta un trabajo realizado con la finalidad de conocer el patrón de consumo de la leche materna por parte de los niños del medio campesino de México, para lo cual se escogió una comunidad homogénea, con hábitos alimentarios típicos de las poblaciones rurales pobres de las sierras densamente pobladas del centro del país. Se incluyen dos cuadros, uno sobre la producción de leche de madres de zonas rurales pobres de Asia y México; y otro con los volúmenes de leche materna consumidos por niños de diferentes edades.

La última parte de la obra, destinada a estudios analíticos, consta de dos apartados; el primero es el producto de una investigación realizada en la ciudad de Agua Prieta y la comunidad rural de Esqueda, ambas cercanas a la frontera estadounidense. Se muestra cómo se efectuó una encuesta dietética para evaluar la cantidad de alimentos consumidos por familia el día previo al estudio, calcular el valor nutritivo de la dieta y determinar el consumo promedio per cápita por familia y por cada nutriente, comparándose con los niveles alimentarios propuestos por el National Research Council de Estados Unidos. Se incluyen además siete cuadros.

El segundo apartado está enfocado a estudios del ambiente y cuenta con cinco estudios; en el primero se analizan los trabajos, tanto de campo como de gabinete, realizados en 1965 por el Instituto Nacional de la Nutrición, cuyo objetivo era obtener información sobre la magnitud y características del problema de la nutrición en México. Además, se aportan nuevos datos acerca de la magnitud geográfica de dicho problema que permiten precisar la naturaleza del mismo, así como definir los sectores sociales más

afectados, localizar las áreas más necesitadas y, como consecuencia, proponer opciones para afrontar la situación. Igualmente se indica que el trabajo —que incluye once cuadros— tiene un enfoque más económico que médico. Para concluir se señala que mejorar la alimentación del mexicano es principalmente una cuestión de planeación, coordinación y dirección de las actividades que ya se están desarrollando.

Demostrar la relación entre la desnutrición infantil y el ambiente social, así como la importancia de la alimentación en la vida del ser humano, desde su concepción hasta su muerte, es la finalidad del siguiente trabajo. Se consideran las consecuencias del subdesarrollo en el Tercer Mundo en los aspectos económicos, culturales y sociales y se efectúa un análisis, complementado con trece cuadros, de la significación de la conducta de las madres con niños con o sin desnutrición avanzada, haciéndose ver que la aparición de la desnutrición grave después del primer año de vida está relacionada con la poca habilidad de la madre para proporcionar al niño un ambiente de estímulo, atención y cariño, de acuerdo con su edad.

El tercer documento analiza los datos de 300 niños que fueron estudiados en el periodo 1966 y 1967, y trata de demostrar cómo influye la desnutrición en el desarrollo mental y específicamente en el lenguaje, en los niños del medio rural. En el estudio, que comprende también diez cuadros, se tomó en cuenta la higiene personal de las madres, su alfabetismo y nivel de educación formal, así como el contacto con los medios de comunicación, la estructura familiar y las condiciones de la vivienda.

Corresponde al cuarto trabajo tratar la influencia de la desnutrición en la capacidad de aprendizaje del niño en edad escolar. Se mencionan varias hipótesis al respecto, haciéndose referencia a dos estudios: uno realizado en un poblado rural del suroeste de México, con alto índice de desnutrición crónica, y el otro con niños del medio urbano. Se incluyen siete cuadros que revelan una serie de características propias del niño normal y del desnutrido.

Para el último estudio, que se refiere a los efectos de la nutrición en el desarrollo de la conducta del niño, se realizaron pruebas longitudinales en una comunidad rural pobre, donde acostumbran alimentar a los niños con leche materna durante dos años y sólo al octavo mes comienzan a darles pequeñas cantidades de otros alimentos. Se explica cómo se llevó a cabo la investigación, misma que partió del estudio de dos grupos: uno en el que se suplementó la alimentación de las mujeres embarazadas y luego de sus hijos; y el otro en que se les dejó con su alimento tradicional. Posteriormente fue evaluada la conducta de los niños de ambos grupos, comprobándose que los primeros tenían mayor actividad, eran más demandantes y menos pasivos. Su conducta creó a su vez un comportamiento distinto en sus propios padres y una mayor retroalimentación conductual madre-hijo.

Para concluir cabe señalar, que aun dentro de los distintos aspectos de la desnutrición que aquí se abordan, en todos los trabajos se evidencia una

idea común: que la desnutrición es primordialmente un problema económico y social, que puede y debe ser erradicado.

ANA GREÑAS BOLADO

Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (COPLAMAR), *Necesidades esenciales en México. Situación actual y perspectivas al año 2000. Alimentación*. Siglo XXI editores, México, 1982.

Partiendo del hecho de que la alimentación constituye una necesidad vital para la existencia humana, se podría establecer un primer cuestionamiento: ¿qué es comer adecuadamente?; y con esto nos centraríamos en la preocupación fundamental de los estudiosos al tratar de identificar la situación alimentaria y nutricional en nuestro país.

El trabajo que presenta la COPLAMAR se estructura básicamente en dos apartados: diagnóstico y pronóstico, teniendo como base la situación alimentaria detectada en el año 1975, y enmarcados en un sucinto marco conceptual, en el que se establece la diferencia entre comida, nutrición, alimento, nutrimento, dieta, tipos de nutrientes, etcétera.

Aunque la búsqueda de puntos de referencia para ubicar el problema alimentario en México tiene ya varios años, y es cada vez mayor, principalmente en las instituciones oficiales, con esta investigación COPLAMAR aspira a llegar a una definición más acabada de lo que se podría llamar "mínimo alimentario".

Así, empieza por señalar que los contenidos de los censos (1940-1950-1960 y 1970) son insuficientes y heterogéneos para obtener una imagen adecuada de la situación alimentaria y de la nutrición, dado que el diagnóstico respectivo exige un amplio material estadístico que incluya todos los alimentos y no tan sólo los que parecieran ser más significativos. A su vez señala que el diagnóstico realizado por el Instituto Nacional de la Nutrición presenta serias deficiencias pues sus encuestas alimentarias no abarcaron al mismo tiempo a toda la población del país.

Los trabajos elaborados por Ana Ma. Flores, "La magnitud del hambre" (1962); Cynthia Hewitt, sobre las necesidades básicas del pueblo mexicano en el periodo 1940-1970; la "Encuesta sobre ingresos y gastos familiares" hecha por el Banco de México (1968), y el trabajo de W. Van Ginneken sobre la distribución del ingreso en México en zonas rurales y urbanas representan en su conjunto algunos de los antecedentes teóricos que sirvieron a la COPLAMAR para elaborar un análisis más completo, pues los estudios arriba señalados presentan dificultades de confiabilidad, debido, en la mayoría de los casos, a que el recurso a los ingresos y gastos familiares dificulta mucho el diagnóstico de la situación nutricional en virtud de las sub y sobreestimaciones del consumo, además de que no era posible

captar datos sobre lo consumido fuera del hogar, reflejando situaciones parciales, etcétera.

De esta manera la COPLAMAR adopta como elemento metodológico el establecimiento y la elaboración de promedios ponderados para amplios sectores de la población, desapareciendo el individuo tipo de cada grupo.

Así, para la COPLAMAR un mínimo alimentario debe dar cuenta de la situación alimentaria y nutritiva de grandes grupos de población y no ser un instrumento de medición exclusivo de situaciones individuales; además, debe permitir la comparación entre grupos y que se establezcan opciones cuantificables a fin de corregir o mejorar su situación sustancialmente.

Por otro lado, un mínimo alimentario, expresado en la canasta básica de alimentos, debe considerar el conjunto de éstos y las cantidades necesarias que reflejen una dieta socialmente recomendable, así como las condiciones alimentarias y nutritivas (vigentes en el corto plazo) en los grupos de escasos recursos, por lo que su carácter debe ser social y no individual.

El trabajo plantea una dieta desagregada de 86 alimentos para un conocimiento más concreto de los niveles de satisfacción nutritiva en escalas nacional, urbana y rural.

En su diagnosis, las conclusiones a que llega la COPLAMAR se podrían resumir así: en México la dieta de las mayorías tiene profundas deficiencias nutritivas, en tanto que la desigual distribución del ingreso genera disparidad en la distribución de alimentos.

La dieta de la mayor parte de la población rural sólo le sirve para mantenerse en capacidad de incorporarse al trabajo no calificado en un amplio y vasto ejército de reserva; esto se ilustra con el fenómeno de la migración campo-ciudad.

En 1975 la situación nutritiva era extremadamente severa en el campo, mientras que en las áreas urbanas, si bien grave, no alcanzaba tales magnitudes. La población urbana mal alimentada goza de las ventajas de una dieta más diversificada que la rural, pero su capacidad adquisitiva no le permite consolidar tales ventajas, además de ser más vulnerable a la propaganda de productos chatarra.

En 1975, de una escala de diez estratos sociales en áreas urbanas sólo cuatro cubrían sus requerimientos alimentarios, mientras que en el medio rural tan sólo dos estratos lo hicieron; los demás no tuvieron características de ingreso y gasto suficientes.

En la parte relativa al pronóstico, la investigación propone que se debe aumentar la disponibilidad de alimentos a un ritmo cuando menos igual al de crecimiento demográfico.

De esta manera, se empieza por realizar proyecciones demográficas (basándose en los datos del Consejo Nacional de Población) hasta el año 2000, distinguiendo características urbanas y rurales para así extrapolarlas frente al cálculo del consumo de alimentos. Este cálculo sobre el consumo se basa en el supuesto de que la estructura de la distribución del ingreso no será menos injusta de lo que fue en 1975. Además especifica, en función

de un modelo de consumo, las cantidades de las que será necesario disponer anualmente de cada alimento, considerando el crecimiento de la población, suponiendo constantes los requerimientos de nutrición medios establecidos en 1975, y respondiendo a necesidades específicas de los medios rural y urbano.

La investigación se apoya en un abundante material estadístico que ilustra los planteamientos expuestos. Pese a que las proyecciones resultan un poco fuera del contexto socioeconómico actual (dados los procesos inflación-devaluación-recesión, agudización de la pérdida del poder adquisitivo del salario a últimas fechas, mayor desigualdad en la distribución del ingreso, etc.), el trabajo constituye una aportación valiosa para ilustrar las carencias alimentarias de nuestra sociedad.

Si bien la metodología, opiniones y conclusiones no representan el punto de vista oficial del gobierno, como lo quieren los participantes de esta investigación, sí responde en gran medida a las prioridades gubernamentales establecidas en el sexenio 1976-1982.

ROBERTO RIVES

RELLO, Fernando y Ruth Rama, *Estrategias de las agroindustrias transnacionales y política alimentaria en México*. Nueva Imagen, México, 1985.

Muchos hablan de la transnacionalización del sistema agroalimentario en México. Relio y Rama son de los pocos que tienen algo nuevo que decir. Primero, parten de una concepción de la transnacionalización que va más allá de la mera presencia de las empresas extranjeras. Segundo, sustentan sus propósitos teóricos con una investigación empírica sumamente rigurosa de uno de los casos concretos más importantes, el sistema soya.

El estudio del sistema soya ilumina varias de las problemáticas centrales que enfrenta la política alimentaria mexicana, tales como el proceso de la subordinación de la agricultura a la industria en general; la competencia para el uso de la tierra entre alimentos para consumo humano directo y para animales; la importancia de la acción estatal para determinar la viabilidad de ciertos cultivos y proyectos agroindustriales; el carácter de la competencia entre empresas transnacionales y nacionales, tanto de capital estatal como privado, y el papel central del control tecnológico en este proceso.

Conviene comenzar desde el principio: según Relio y Rama, y a diferencia de muchas interpretaciones, la transnacionalización del sector alimentario no significa solamente la promoción de la agricultura de exportación o la presencia de empresas transnacionales (ETN) en la economía nacional, sino "la imposición de tecnología, formas de producción y distribución, valores y hábitos alimentarios, y, en última instancia, criterios sociales para asignar recursos y fijar prioridades. Un hecho fundamental es que las agroindustrias nacionales siguen *las mismas estrategias de las ETN*,

adoptan sus tecnologías, tratan de producir los mismos productos sofisticados, emplean sus métodos publicitarios y sus técnicas de diferenciación de los productos. La lógica de la competencia oligopólica lleva a estas empresas nacionales a seguir estas estrategias, reproduciendo así el modelo alimentario y transnacional” (cursivas nuestras, J.F.).

Para profundizar sobre las estrategias concretas de las ETN y la manera como proyectan su influencia en el sistema alimentario, los autores dedican una buena parte del estudio al carácter de la integración vertical y horizontal del sistema soya, que los lleva a una investigación exhaustiva del sistema avícola en particular, por ser el consumidor principal de los alimentos balanceados. La soya contribuye con las proteínas esenciales para las mezclas, aunque el pescado también desempeña un papel semejante. Estas mezclas son componentes centrales de un paquete tecnológico impulsado por las ETN que ha logrado consolidar “un sector productor de alimentos balanceados y una avicultura moderna totalmente adscrita a las técnicas y métodos del sistema soya norteamericano”.

Relio y Rama aclaran cómo la integración de las ETN y sus monopolios sobre varios renglones clave del sistema (sobre todo las líneas genéticas de las semillas y de las aves) explica los cambios que resultan en el sistema alimentario. Desde posiciones estratégicas en la cadena (en este caso el sistema avícola en particular), ejercen una fuerte influencia sobre renglones en donde su presencia directa es pequeña o nula, como el conocido ejemplo del desplazamiento del cultivo del maíz por la producción de insumos para los alimentos balanceados. Pero queda por aclarar otro factor también importante: ¿de dónde vino la fuerte demanda por productos finales, el huevo y la carne de pollo? Es cierto, como afirman los autores, que las ETN impulsan un modelo extranjero de consumo y de producción, pero ¿cómo? Por ejemplo, ¿por qué es tan efectiva la publicidad comercial? Tal vez haya que estudiar también una transnacionalización cultural, que condiciona los cambios en los patrones de consumo, no solamente de la clase media, sino también de la fracción organizada de la clase obrera urbana, cuyo poder de compra aumentó en los años sesenta y que logró defenderlo hasta mediados de los setenta.

Los autores destacan tres efectos principales de la transnacionalización del sistema soya: *primero*, la nueva tecnología impulsó un fuerte crecimiento en la producción y la productividad de la industria avícola. Por ejemplo, el factor de conversión entre alimentos balanceados y el huevo cambió de 4.5 en 1950 a 2.7 en 1977, y la producción aumentó en 482% de 1961 a 1976. A la vez, cuando un día de salario podía comprar 1.25 kg de huevo en 1960, en 1979 esa renumeración permitía la adquisición de 4.60 kg. No obstante, la concentración del consumo en el D.F. y en el procesamiento industrial implica una distribución del consumo aún muy desigual.

Segundo, el aumento en la producción logró sustituir la mayor parte de las importaciones avícolas, pero a la vez aumentó la dependencia de la

tecnología extranjera y de los insumos importados (*v. gr.*, sorgo, soya, productos farmacéuticos veterinarios).

Tercero, el cambio tecnológico impuso una fuerte concentración en la industria avícola, desplazando la producción avícola tradicional de pequeño capital y sin tecnología sofisticada. Pocos de los productores que no lograron integrar su operación vertical u horizontalmente, sobrevivieron la transición a un modelo de producción intensivo en su uso de capital.

Los autores hacen una excelente analogía con el impacto de las semillas de la Revolución Verde, que también lograron aumentar la producción y productividad de ciertos cultivos (sobre todo el trigo), pero solamente para los productores con acceso a los recursos exigidos por la nueva tecnología (*v.gr.* riego, crédito, agroquímicos), desplazando a la vez a productores y cultivos sin acceso a tales recursos. Fue un cambio socioeconómico inherente en el cambio tecnológico, porque la nueva tecnología al ser tan sensible como productiva, requería de pesticidas. El modelo norteamericano de avicultura también intercambia productividad por vulnerabilidad, de ahí que su producción en gran escala exija el uso de antibióticos y hormonas. Según el Dr. José Luis Casteñón, director del Colegio Nacional de Veterinarios Zootecnistas, "el 90% de los pollos y el huevo están saturados de antibióticos", con hasta 1.5 gramos en cada pollo, lo que provocó en 1982, "la muerte de mil 500 personas en el Hospital Civil de Guadalajara" (citado en *unomásuno*, 4 de agosto, 1984). Lo que queda por investigarse es hasta qué punto este abuso se extiende a drogas prohibidas en los países de origen de sus fabricantes.

La ganaderización de la agricultura mexicana tiene dos caras muy distintas. En cambio, el fenómeno de la ganaderización de los *granos*, sobre todo por la avicultura, es mucho más complejo, como muestran los autores, que la más ampliamente conocida ganaderización de la *tierra*, o sea la expulsión de productores agrícolas campesinos por la ganadería extensiva neolatifundista. Ya que el huevo es un bien salarial y una reivindicación obrera básica, la pregunta ahora, señalan los autores, no es proteína animal o no, sino ¿proteína animal producida por qué tipo de productor, para quiénes, y con qué tecnología? El desafío, entonces, es desarrollar una tecnología avícola que no desvíe el uso de tierras y otros recursos aptos para el cultivo de granos para el consumo humano directo, por ejemplo la yuca o el bagazo de caña en lugar del sorgo.

En cuanto a las posibilidades de transformar el sistema soya y fomentar una avicultura más nacional y popular, el libro muestra el optimismo de su momento histórico, coyuntura de los principios del Sistema Alimentario Mexicano.

Actualmente, la problemática agroalimentaria no se beneficia de la misma atención oficial. Sin embargo, esto no resta importancia a esfuerzos que, como este estudio, dan rigor intelectual a proyectos políticos alternativos.

JONATHAN FOX